

rencia en los espacios políticos y artísticos”, homoerotismo, lo “cuir latinoamericano”, el “travestismo y la performatividad de género”. Con estos elementos, se establece un marco crítico desde el cual dar lectura a las manifestaciones artísticas de Juan Alberto Pérez Ponce, Juan Caballero y Juan José González.

Segmenta además los distintos temas que destacan en toda la brecha entre la manifestación del arte y la configuración del ser social en ese contexto industrial, tales como la politización del arte en Monterrey, que dio pie a la creación de grupos artísticos en contra del poder hegemónico de la representación

pública, la escritura como forma de autorrepresentación, que dio señales y dotó de una poética al espacio de las disidencias; y la apertura de los espacios políticos y artísticos de la sexualidad en diferencia, que finalmente dio la pauta para una nueva crítica de carácter disruptivo entre el arte mismo y el arte contemporáneo.

En *Los Juanes antagonistas del cuerpo en diferencia en la ciudad de Monterrey década de los ochenta y noventa*, Rocío Cárdenas Pacheco indaga las circunstancias que propiciaron el que se descartara el trabajo de estos tres artistas “de la memoria oficial del arte regiomontano” (p. 23). Plantea una lectura de nues-

tra sociedad y nos aproxima a manifestaciones artísticas locales, contemporáneas al lenguaje visual y estética neomexicana, y que quizá pudiéramos considerar, –por nuestra cercanía con los Estados Unidos– neofronterizas. Para la mirada actual, este libro nos aporta una manera de leer lo social, los espacios públicos, el museo, los centros culturales. Nos ofrece también un antecedente importante, un punto de partida histórico para propiciar un diálogo capaz de restituir el lugar que las manifestaciones de “los cuerpos en diferencia” tienen en nuestra sociedad.

Israel Guerra

NO HAY ACTO MÁS ROCKER QUE SOBREVIVIR A LA GUERRA

Como muchas lecturas, esta la comienzo en el camión, pero esta vez por las calles de una ciudad diferente, con personas que aún no logro reconocer, lo que me obliga a centrarme en las páginas que sostienen mis manos.

Leo el prólogo de *Cártel de una chica (no) rocker* (Oficio, 2021), de Alma Vigil, que termina con la advertencia de que sus textos carecen del llamado rigor periodístico, y pienso: excelente, escritura no mediada por el formalismo sofocante.

Lugares comunes son con los que conecto conforme voy leyendo, la cotidianidad de una

ciudad que conozco bien me rodea, y la música, que ha sido parte de mi vida desde que tengo memoria.

La forma en la que Vigil comienza sus textos es bastante cercana, como si estuviera hablando con una amiga a la que le encanta la música pero que no veía desde hace rato. Casi al inicio, describe que el *soundtrack* de su infancia eran las Spice Girls, Backstreet Boys y otras tantas bandas que, por lo menos una vez en la vida, todos hemos escuchado. Después declara: “¿Ver MTV o Telehit? No, eso era para los privilegiados con cablevisión”,

otro punto de encuentro más que me hizo recordar que mi familia siempre estuvo rodeada de televisión abierta y de los discos que a lo largo de su vida estuvo coleccionando mi papá. ¿Cablevisión? Hasta que estuve en la prepa, y duramos con él si acaso un año porque la crisis económica se iba y regresaba.

Entre bandas locales, suplementos de periódicos nacionales y el deseo por emprender la carrera de periodismo musical, Vigil nos enfrenta a una realidad regiomontana que hasta el día de hoy sigue abriendo heridas: la guerra contra el narcotráfico que declaró Felipe Calderón en 2006.

“Jamás pensé que secuestrarían, desaparecerían y matarían a amigos solo por salir a divertirse y que yo escribiría sobre ello”. Yo, menor que ella, en ese entonces tampoco entendía lo que estaba sucediendo, pero la atmósfera se percibía distinta: ya no podía salir a jugar con mis amigos de la calle, ni ir a la tienda sin compañía, o visitar a familiares de noche. “Deambular en una ciudad fantasma después del éxodo masivo que silenció a las tierras regias”, escribe.

A mis hermanas menores les tocaron entre dos y tres balaceras cuando estaban estudiando la primaria; a mí, lo peor que llegó a pasarme, fue que cancelaran el concierto de mi entonces banda favorita, los Jonas Brothers, por las amenazas de grupos del narcotráfico. Vigil, por el contrario, estuvo presente en muchos de los acontecimientos violentos que sucedían en tocadas: “A más balas menos música”.

El registro es importante porque así es como no olvidamos, y el ejercicio que logra Alma Vigil en su *Cártel de una chica (no) rocker* me deja casi sin aliento. La resignificación de un tiempo en el que ella deseaba dedicarse a la música que le gustaba y que, después de leerse a sí misma, enriquece esas experiencias con los paralelismos que en la sociedad regiomontana vivimos durante

aquel sexenio tan devastador, que no solo nos arrebató música, suplementos, periódicos, cine y otra tanta infinidad de artes, sino que también nos dejó la herida abierta de todos los muertos que nunca pudieron tener justicia.

Así como escribe Vigil en una de sus enriquecedoras notas al pie de página, fueron tiempos violentos, pero unos que no podrían ni haberse colado en la imaginación de Tarantino: el huracán Alex, los asesinatos de Jorge y Javier en el Tec, las actividades en el Río Santa Catarina, el rock, las drogas, la vida de noche y todo lo demás que, entre 2006 y 2012, fue dejando una ciudad fantasma.

“Paralelismos en mi mente: yo tomando cheve hasta morir en un concierto con olor a espíritu adolescente; en otra dimensión, dos chicos de mi edad morían asesinados en su escuela a manos de quien debía protegerlos. Creería que hay 99.9 por ciento más probabilidades de peligro en el antro en el que andaba que en una uni-

versidad. ¿Por qué Jorge y Javier murieron y yo seguía viva? Era un dado al aire”, reflexiona.

Alma Vigil no solo recopila su trabajo como cronista musical, sino que logra transportarnos a tiempos que tal vez empezamos a olvidar con el propósito de reconstruir lo perdido, pero son tiempos que, queramos o no, están marcados en la piel de la comunidad.

Leer a Vigil no solo me removió escombros que terminaron por dar a luz recuerdos ya casi olvidados, sino que también me hizo cuestionar las propias ganas de rehusarme a vivir y crecer en tierras regias: ¿aquellos hechos que se suscitaron durante seis años, habrán sido el génesis que me provocó empaçar y huir a la primera oportunidad que tuve? Tal vez las prohibiciones, las preocupaciones y la tristeza, terminaron por ser palabras que se incrustaron como balas en mi imaginario cada vez que alguien habla de Monterrey.

Gabs Reyes Trejo



TÍTULO: *Cártel de una chica (no) rocker*

AUTORA: Alma Vigil

EDITA: Oficio

AÑO: 2021